

# En el Aniversario de su muerte **Mons. Romero y la Nueva Evangelización**

Mikel Munárriz

El domingo 27 de enero de 1980, en la catedral de El Salvador, se leía el Evangelio del día:

*"En aquel tiempo Jesús fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la Sinagoga como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde está escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió para que dé una buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor.*

*Enrolló el volumen, lo devolvió al encargado y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y comenzó a hablarles:*

*— Estas cosas se han cumplido hoy ante ustedes"*

Unos momentos más tarde, Monseñor Oscar Arnulfo Romero se dirigía a su Sede.

"Todos tenían sus oídos pendientes en él". Acercando sus labios al micrófono que llevaría su voz hasta el último rincón del país, Monseñor Romero comenzó a hablar:

*"En este Evangelio está la homilía más sublime que se ha pronunciado jamás, cuando Cristo, cerrando el libro dice: Esas cosas se han cumplido hoy. Esa es la homilía: decir que la Palabra de Dios no es una lectura de tiempos pasados, sino palabra viva, espíritu que hoy se está cumpliendo aquí. Desde allí, el esfuerzo de aplicar el mensaje eterno de Dios a las circunstancias del pueblo".*

El 24 de marzo, muy significativamente, VIERNES SANTO, se cumplirán nueve años del asesinato del Arzobispo mártir de San Salvador, mártir de la Iglesia Latinoamericana. "Casualmente", el 21 del mes de diciembre último pasado, la Corte Suprema de El Salvador, determinó con capciosos argumentos que no existían bases para solicitar de los Estados Unidos la extradición del capitán de la Fuerza Aérea de aquel país, Alvaro

Saravia, sindicado de haber sido el encargado de llevar al Mayor D'Aubuisson, la noticia del cumplimiento de su plan para asesinar a Monseñor Romero. Con ello, según los especialistas se habría cerrado del todo la posibilidad de alcanzar a los autores materiales e intelectuales del asesinato. Con eso el verdadero culpable, que aunque tenga personalizaciones no es otro que el capitalismo salvaje de El Salvador, pretende, una vez más, acabar con la palabra y el recuerdo de Monseñor Romero. No lo conseguirá: su espíritu y su palabra siguen vivos en la fe, en la esperanza y en la praxis de amor de muchos cristianos latinoamericanos. Se ha cumplido la profecía que, humildemente, se atrevió a decir tres meses antes de su martirio: "Si me matan, mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido acoger".

En el noveno aniversario de su muerte los cristianos sabemos que Monseñor Romero no necesita un panegírico, pues los panegíricos se hacen a los muertos porque están ausentes. Monseñor Romero, en cambio sigue presente. Recordarle es dejarse, una vez más, penetrar por su palabra, por su vida y por su muerte. Y hacer eso mismo, en memoria suya.

Somos Iglesia. Iglesia en Venezuela. Iglesia que ha sentido fuerte y exigente, la llamada a comprometerse en una NUEVA EVANGELIZACIÓN.

Somos Venezuela. La Venezuela de la crisis y de "las medidas". Las medidas que serán mala noticia para los pobres, año de desgracia para los oprimidos.

En esta situación EVANGELIZAR será para nuestra Iglesia, en la huella de Jesús, en la huella de Romero su servidor, antes que nada, dejarse preñar por el dolor de los pobres, encarnarse en él. Escuchar su clamor como lo escucha Dios. Nada hay en la Iglesia, ni estructuras, ni doctrinas, ni cultos, por muy importantes que sean todas estas cosas, que puedan sustituir al "Siento compasión por la gente" de Jesús, al "Tuve hambre y me dieron de comer".

Desde esa compasión, EVANGELIZAR será también la denuncia profética. Como Romero: "No podemos callar, queridos hermanos, como Iglesia profética, en un país tan corrompido, tan injusto". La voz de la Iglesia tiene que hacerse denuncia clara y vigorosa, concreta, constante. Pero denuncia profética, como palabra de Dios. Por eso tiene que ser una Iglesia contemplativa, que mire la realidad con los ojos de Dios, hasta poder decir con Romero: "Nunca he estado en favor de nadie porque he estado únicamente comprometido con mi Dios". Y así poder decir NO a lo que Dios dice NO y decir SI a lo que Dios dice SI. Siempre pendiente, porque eso hará a la palabra de la Iglesia Evangelio, de que sus SI y sus NO sean buena noticia para los pobres. Porque para eso ha sido ungió.

En una situación como la que nos amenaza, la Iglesia EVANGELIZADORA deberá también mantener la esperanza de los pobres, proclamar sin descanso que no todo termina en VIERNES SANTO; sino que Dios resucita a los crucificados. "Verán, queridos pobres, queridos oprimidos, queridos marginados, queridos hambrientos, queridos enfermos que ya está fulgurando la aurora de la resurrección", decía Romero, porque sabía que "El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie puede detener". Mantener la esperanza no es cruzarse de brazos: es luchar contra la pobreza, contra la opresión, contra el hambre, contra la enfermedad. Es creer que Dios apoya esas luchas. Es también creer en los valores, en la fuerza y en el sentido de los pobres.

EVANGELIZANDO así la Iglesia venezolana alcanzaría lo que es y debe ser cada vez más su más profundo anhelo, como lo era el del Obispo Mártir: "¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a experimentar a Dios". Pero no a cualquier dios, sino al Dios de la Biblia, al Dios del Reino, al Dios Padre de Jesús.